



Universidad de Valladolid
Facultad de Ciencias
Económicas y Empresariales

Trabajo de Fin de Grado

Grado en ADE

**Las crisis económicas en el
pensamiento económico
clásico**

Presentado por:

Jairo Gonzalo García

Tutelado por:

Juan Carlos Rodríguez Caballero

Valladolid, 29 de abril de 2019

RESUMEN

En este trabajo se analizan las explicaciones de los economistas de la escuela clásica de pensamiento económico en torno a las crisis económicas y al desempleo. En primer lugar y al objeto de contextualizar desde el punto de vista teórico esta escuela, se sintetizan las grandes ideas de los principales economistas de esta época en relación con el crecimiento económico, la evolución del tamaño de la población, la renta agraria y la determinación del valor de los bienes. En segundo lugar, se explica detalladamente la conocida como *ley de Say* y las distintas interpretaciones realizadas de la misma por el propio Say, Ricardo y John S. Mill. En tercer lugar, se contraponen a la *ley de Say* las tesis del subconsumo de Sismondi, Malthus y el conde de Lauderdale como explicación alternativa de las denominadas crisis de sobreproducción. En cuarto lugar, aparecen las argumentaciones sobre los ciclos industriales de Karl Marx y su relación con el mercado de trabajo. Finalmente, se resumen las distintas posiciones de los autores clásicos en relación con los efectos de la introducción de maquinaria en el desempleo.

Palabras clave: Economistas clásicos, crisis económicas, subconsumo, desempleo.

Clasificación JEL: B12, B14, B31.

ABSTRACT

Along the following paper, the reflections of the economists from the classical period of economic thought around economic crisis and unemployment will be analyzed. Firstly, wishing to throw some context around the theoretical point of view of this school, its major ideas will be summarized in connection with the main economists and the economical growth from this time, growth in population, farm income and good values. In second place, it will be explained the well known *Say's law* and the different interpretations made by Say himself, Ricardo and John S. Mill. Thirdly, against *Say's law* the thesis of underconsumption by Sismondi, Malthus and the Count of Lauderdale as an alternative explanation to the so-called crisis of overproduction. In fourth place, it will be presented arguments about the industrial cycles by Karl Marx and its relation with the job market. Finally, the different positions from classical authors will be summarized in relation with the effects of machinery introduction linked to unemployment.

Key words: Classical economists, economic crisis, underconsumption, unemployment.

JEL Classification: B12, B14, B31.

ÍNDICE DE CONTENIDOS

INTRODUCCIÓN.....	1
1. LA ESCUELA CLÁSICA DE PENSAMIENTO ECONÓMICO: AUTORES E IDEAS FUNDAMENTALES	4
2. LA LEY DE SAY	13
3. LAS TESIS DEL SUBCONSUMO: SISMONDI, MALTHUS Y LAUDERDALE	19
4. MARX Y LOS CICLOS INDUSTRIALES	26
5. CRISIS Y DESEMPLEO: LA CUESTIÓN DE LA MAQUINARIA Y EL DESEMPLEO ESTRUCTURAL	31
CONCLUSIONES	38
BIBLIOGRAFÍA.....	42

INTRODUCCIÓN

El objetivo de este trabajo de fin de grado es analizar las ideas de los economistas del periodo clásico de la historia del pensamiento económico en relación con las crisis económicas, sus efectos y sus posibles soluciones. Los autores de la escuela clásica tienen una gran importancia en la historia del pensamiento económico. Estos economistas consiguieron que la economía ascendiera a la categoría de ciencia y sus ideas constituyeron el canon económico en las principales universidades del mundo durante más de un siglo. Ninguna escuela anterior tuvo tantos economistas del calibre de los autores de la economía clásica, ni siquiera los fisiócratas. Es por ello que, aunque algunas partes de su pensamiento se hayan demostrado equivocadas, siempre conviene volver la mirada hacia estos autores para recordar sus ideas y contrastarlas con las actuales.

Los economistas clásicos se movieron en un mundo que atravesaba un profundo cambio. La revolución industrial transformó de modo notable los modos de producción, las condiciones laborales, la estructura de clases sociales, la riqueza nacional y la demografía. No es extraño pues, que los autores de esta época se interesaran por estas cuestiones y elaboraran explicaciones sobre ellas.

Las investigaciones que realizaron los autores clásicos fueron muy intuitivas, pues no se contaba con los medios y con la información estadística de la que se dispone actualmente. Y tampoco contaban con muchos referentes de escuelas de pensamiento económico anteriores, por lo que puede decirse que en un gran número de ámbitos de estudio fueron pioneros. Esta falta de medios y autores de referencia precedentes aumenta el mérito de los integrantes de esta escuela.

Las crisis económicas o crisis de sobreproducción, como se llamaban entonces, fueron un fenómeno relativamente nuevo en la época en la que vivieron los economistas de la escuela clásica. Situaciones de crisis había habido siempre, consecuencia fundamentalmente del albur de la naturaleza o de acciones humanas. Crisis por fenómenos climáticos que afectarían negativamente al sector primario. Crisis de escasez de productos como consecuencia de guerras.

Crisis por aumento de precios debido a la disminución del comercio. Pero crisis de sobreproducción por haber un gran número de productos que no encuentran compradores no parecían haber ocurrido hasta el momento. Las ideas de estos autores sobre este último tipo de situaciones constituyen un intento de dar respuesta a algo nuevo. Y frente a hechos nuevos no suele haber unanimidad en las explicaciones.

La revolución industrial también supuso el desarrollo y puesta en marcha a gran escala de maquinaria industrial. Sus efectos sobre el desempleo asustaron a no pocos obreros llegando incluso a cometer sabotajes para no perder sus puestos de trabajo. A este respecto también hubo distintas opiniones en el seno de la escuela clásica de pensamiento económico sobre el carácter del desempleo que podían crear las crisis de sobreproducción y sobre las medidas que podían tomar al respecto las autoridades de los nacientes estados nación y la nueva clase capitalista.

Las dos grandes bases teóricas sobre las crisis de sobreproducción fueron la denominada ley de los mercados y las teorías del subconsumo. La ley de los mercados se conoce comúnmente como ley de Say, en honor al economista francés Jean Baptiste Say quien fue el primero que la planteó. En cuanto a las ideas sobre el subconsumo puede decirse que no hubo una postura unánime que aglutinara a un gran número de economistas de la época; cada economista defendía la existencia del subconsumo de distinta manera. A estas dos grandes posturas teóricas y, desde una perspectiva muy distinta a las anteriores, hay que añadir las aportaciones de Karl Marx en torno al plusvalor y su construcción teórica de los ciclos económicos industriales.

Todos estos temas se tratarán en este trabajo de fin de grado en el mismo orden. Primeramente, aparece una síntesis de los datos más relevantes de la escuela clásica: ideas principales, cronología, autores más importantes, etc... A continuación se tratan los distintos enfoques de la ley de los mercados como respuesta mayoritaria dentro del período clásico a la existencia de crisis de sobreproducción. En el siguiente capítulo se analizan las distintas concepciones subconsumistas, explicación minoritaria de estas crisis. Después, se explica el

significado de la teoría marxista de los ciclos industriales. Y por último, se hace referencia a las opiniones de varios autores clásicos sobre los efectos de la introducción de maquinaria en los procesos productivos y sus efectos sobre el desempleo.

1. LA ESCUELA CLÁSICA DE PENSAMIENTO ECONÓMICO: AUTORES E IDEAS FUNDAMENTALES

La escuela clásica de pensamiento económico se desarrolló durante los siglos XVIII y XIX. No hay unanimidad sobre la fecha concreta de su surgimiento. Hay autores que defienden que debe considerarse el 1776 como el año de su fundación al ser el año de publicación de *La Riqueza de las Naciones*. Sin embargo, otros autores defienden fechas anteriores para incluir dentro de esta escuela las aportaciones de David Hume. Incluso hay quien aboga por que sea 1798, año en el que Malthus enunció el principio de la población y por ser la época en la que el pensamiento fisiócrata estaba ya en franca decadencia debido al auge de estos mismos autores clásicos. Su ocaso se suele ubicar en el año 1871, cuando Jevons publicó su *Teoría de la Economía Política*, una de las primeras obras neoclásicas.

El nombre de esta escuela fue acuñado por Karl Marx para denominar a los economistas que le precedieron, aunque paradójicamente al propio Marx se le considera el último gran clásico. Así lo expresaba John Maynard Keynes en su *Teoría General de la Ocupación, el Interés y el Dinero*: “Los economistas clásicos” fue una denominación inventada por Marx para referirse a Ricardo, James Mill y sus predecesores, es decir, para los fundadores de la teoría que culminó en Ricardo. Me he acostumbrado, quizá cometiendo un solecismo, a incluir en “la escuela clásica” a los continuadores de Ricardo, es decir, aquellos que adoptaron y perfeccionaron la teoría económica ricardiana, incluyendo (por ejemplo) a J. S. Mill, Marshall, Edgeworth y el profesor Pigou.” (J. M. Keynes, 2003, pp. 37, nota 1)¹. Aunque posteriormente el término se fue ampliando a otros pensadores.

Los principales autores de esta escuela son Adam Smith, David Ricardo, Thomas Robert Malthus, Jean-Baptiste Say, James Mill y su hijo John Stuart Mill, y Karl Marx. También se puede mencionar a otros escritores clásicos de segunda fila

¹ Keynes, J. M. (2003). *Teoría general de la ocupación, el interés y el dinero*. Fondo de Cultura Económica, Ciudad de México.

como Thomas Tooke, Robert Torrens, John Ramsay McCulloch, Nassau Senior, John Elliott Cairnes o Henry Fawcett. No constituyen un grupo con ideas y conclusiones totalmente homogéneas, pero sí con unos ámbitos de estudio y preocupaciones muy similares.

La primera de estas preocupaciones era explicar que factores y circunstancias favorecían o no el crecimiento económico. La razón por la cual este tema fue estudiado por estos autores es porque en esos momentos la renta del Reino Unido crecía a un ritmo sin precedentes en la historia, por lo que hubo muchos intelectuales que elaboraron teorías y estudios para explicar que factores institucionales, tecnológicos, sociales o de otro tipo estaban detrás de estos hechos.

Fue común a todos ellos la justificación de la libertad económica y la propiedad privada como motor de este crecimiento, pues facilitaban la obtención del ahorro y su utilización para invertir. El derecho a la libre iniciativa empresarial, derecho a la propiedad privada del capital, libertad de contratación, libertad de fijación de precios, libre comercio internacional y la división del trabajo fueron las conclusiones que encontraron los autores clásicos como explicación del crecimiento. Es por ello que la escuela clásica defendía el capitalismo de libre mercado como el mejor sistema para garantizar el aumento de las condiciones generales de vida de la humanidad. Dado el carácter liberal de sus miembros, la escuela clásica no condenaba la búsqueda del lucro empresarial, al contrario que algunos pensadores medievales.

Estos autores propugnaban que cuantas menos ataduras se le pusiesen a la actividad empresarial, más crecería la economía. Debido a esto, se oponían frontalmente a las políticas proteccionistas de los mercantilistas e hicieron todo lo posible por su abolición. Baste citar como ejemplo este extracto de David Ricardo de su obra *Principios de Economía Política y Tributación*: “Me he esforzado por demostrar en el curso de esta obra que el tipo de los beneficios no puede aumentar jamás como no sea por una reducción de los salarios, y que no puede haber reducción de salarios permanente sino a consecuencia de un abaratamiento de los artículos de primera necesidad en que son gastados

aquellos salarios. En consecuencia, si, debido al desarrollo del comercio exterior, o por perfeccionamientos en la maquinaria, los alimentos y otros artículos necesarios para el trabajador pueden lanzarse al mercado a un precio reducido, los beneficios se elevarán.” (D. Ricardo, 2003, pp. 114)²

En concreto, Smith planteó tres factores fundamentales para el crecimiento económico. En primer lugar, le dio mucha importancia a la división del trabajo, sobre todo intraempresa, pero también entre empresas e incluso entre países. La división del trabajo consigue un aumento de la productividad de gran magnitud debido al incremento en la destreza de los trabajadores, al ahorro de tiempo de no tener que cambiar de actividad y a la invención de máquinas que disminuyen y facilitan el trabajo ya especializado.

En segundo lugar, la proporción entre trabajo productivo e improductivo. Adam Smith defendía la existencia de trabajo productivo, que es el trabajo que añade valor a un bien, pero también afirmaba que existen trabajos improductivos, que son los que no añaden ningún tipo de valor añadido al bien. Dentro de éstos últimos se encontrarían trabajos del sector servicios tales como la abogacía, la enseñanza, la medicina, la música, etc..., todos aquellos que no hacen aumentar de valor al bien de forma permanente sino que se consumen en el momento de su ejecución. Por tanto, si aumenta el porcentaje de trabajos productivos frente a los improductivos, se producirá crecimiento económico.

Por último, otro de los factores explicativos del crecimiento es el “espíritu frugal de los capitalistas”. Los capitalistas no deben malgastar su renta en consumir, sino que deben ahorrarla para poder pagar a sus trabajadores y aumentar su capital.

David Ricardo, por su parte, centró el crecimiento económico en torno a la agricultura. Partiendo de la base de que la agricultura tiene rendimientos decrecientes (teoría que explicaré más adelante), la tasa de beneficio del sector agrario irá cayendo paulatinamente. Eso llevaría a que la tasa de beneficio

² Ricardo, D. (2003). *Principios de Economía Política y Tributación*. Ediciones Pirámide, Madrid.

general de la economía también se vaya reduciendo (efecto Ricardo) hasta alcanzar un mínimo que ya no hace posible el crecimiento conduciéndola a un estado estacionario.

Tanto Smith como Ricardo o J. S. Mill plantearon la llegada del estado estacionario, fase de una economía a la que se llega cuando no es posible la acumulación de capital y, por tanto, el crecimiento. No obstante, para Smith la razón de la llegada al estado estacionario era la denominada “competencia de capitales” (el agotamiento de los proyectos de inversión rentables). Para Ricardo eran los rendimientos decrecientes de la agricultura y su transmisión al resto de sectores, junto con la presión de la población sobre los recursos, las causas que llevaban a la economía al estado estacionario. Pero los autores diferían en cómo sería o cuándo llegaría esa fase. Smith pensaba que los beneficios de la división del trabajo y el progreso tecnológico hacían que el estado estacionario fuese una fase lejana en el tiempo, sin embargo, Ricardo no creía que fuese algo tan distante ya que había muchos factores que podrían acelerarla, como las políticas proteccionistas sobre la importación de grano o el incremento demográfico.

En cambio, ambos coincidían en que la llegada a esta fase no era algo positivo pues los salarios, por ejemplo, se mantendrían al nivel de subsistencia. J. S. Mill, por su parte, veía el advenimiento del estado estacionario de forma optimista ya que, en cierta manera, acabaría con la competencia y las desigualdades sociales de la sociedad. Incluso fue uno de los primeros autores en hablar de los límites físicos o ecológicos de un crecimiento económico desaforado, algo a lo que el estado estacionario pondría fin. Así lo expresaba en sus *Principios de Economía Política*: *“No puedo, pues, mirar al estado estacionario del capital y la riqueza con el disgusto que por el mismo manifiestan sin ambages los economistas de la vieja escuela. Me inclino a creer que, en conjunto, sería un adelanto muy considerable sobre nuestra situación actual. Confieso que no me agrada el ideal de vida que defienden aquellos que creen que el estado normal de los seres humanos es una lucha incesante por avanzar; y que el pisotear, empujar, dar codazos y pisarle los talones al que va delante, que son característicos del tipo actual de vida social, constituyen el género de vida más deseable para la especie*

humana; para mí no son otra cosa que síntomas desagradables de una de las fases del progreso industrial.” (J. S. Mill, 1951, pp. 877)³

Otro rasgo común era la creencia en un orden natural económico, una armonía que rige los comportamientos humanos en el mercado. Ese orden se basa en que, buscando exclusivamente el beneficio personal, los seres humanos logran así el máximo bien colectivo. A esto, que hoy llamaríamos eficiencia, Adam Smith lo denominó “La mano invisible” del mercado en su obra *La Riqueza de las Naciones*: “Como cualquier individuo pone todo su empeño en emplear su capital en sostener la industria doméstica, y dirigirla a la consecución del producto que rinde más valor, resulta que cada uno de ellos colabora de una manera necesaria en la obtención del ingreso anual máximo para la sociedad. Ninguno se propone, por lo general, promover el interés público, ni sabe hasta qué punto lo promueve. [...] Pero en éste como en otros muchos casos, es conducido por una mano invisible a promover un fin que no entraba en sus intenciones. Mas no implica mal alguno para la sociedad que tal fin no entre a formar parte de sus propósitos, pues al perseguir su propio interés, promueve el de la sociedad de una manera más efectiva que si esto entrara en sus designios.” (A. Smith, 1992, pp. 402)⁴.

Por tanto, la principal tarea de los poderes públicos en relación con la economía debería ser respetar este orden natural, pues ningún humano podría llevar a cabo la organización económica de manera tan correcta y provechosa como la propia naturaleza. Esta querencia de buscar leyes naturales de carácter universal estaba influida por otras disciplinas como la física.

La demografía y su impacto sobre la economía fue también otro tema de estudio muy recurrente para los clásicos. Al igual que ocurrió con el estudio del crecimiento económico, el interés sobre la dinámica de la población surgió debido a la existencia de grandes tasas de crecimiento demográfico en el Reino

³ Mill, J. S. (1951): *Principios de Economía Política*. Fondo de Cultura Económica, Ciudad de México.

⁴ Smith, A. (1992): *Investigación sobre la naturaleza y causas de la riqueza de las naciones*. Fondo de Cultura Económica, México, D. F.

Unido a partir del año 1740. El cómo podía afectar un aumento desaforado de población al bienestar de un país y qué medidas podían tomarse para corregir posibles problemas fue una preocupación de la mayoría de los miembros de esta escuela al respecto del crecimiento demográfico.

La figura más relevante sobre este tema fue Robert Malthus y su obra *Ensayo sobre el Principio de la Población*, publicada en 1798. En ella este autor plantea una serie de ideas respecto a la naturaleza humana, al aumento de la población y a la economía, a saber:

- 1) El alimento es necesario para la existencia del hombre
- 2) La pasión entre sexos es necesaria y se mantendrá prácticamente en su estado natural
- 3) La producción de alimentos solo se puede incrementar en progresión aritmética, mientras que la población lo hace progresión geométrica.

De estas tres ideas se extrae la conclusión de que la población de un país o región crece hasta que la escasez de alimentos lo impide, bien por el descenso de la tasa de natalidad o bien por el aumento de las tasas de mortalidad. A estas formas de impedir que la población crezca, Malthus los llamó "frenos". Distinguió entre frenos preventivos y positivos. Los primeros se basan en la abstinencia sexual y lo que él denominaba vicio (aborto). Los frenos positivos son aquellos que comportan una disminución de la población mediante el aumento de la mortalidad.

David Ricardo recogió esta aportación racionalizando la antigua idea de que el aumento de población depende del nivel salarial. Cuando los salarios descienden al nivel de subsistencia, el índice de natalidad cae. Mientras que cuando los salarios aumentan, se estimula la natalidad haciendo aumentar la población y, por tanto, haciendo disminuir los salarios otra vez al nivel de subsistencia. Es por ello que Ricardo afirmaba que los salarios tienden siempre a situarse en torno a ese nivel de subsistencia. De hecho, utilizó este supuesto en su modelo de crecimiento.

Ricardo y Malthus a veces parecían definir subsistencia de una forma fisiológica; sin embargo, se inclinaron más por entenderla de una forma convencional a cada tipo de sociedad. No todos los autores clásicos compartían con Malthus su teoría de población. Senior, McCulloch o Read criticaron esta teoría de diferentes formas y otros como J. S. Mill la matizaron bastante.

Con la llegada de la revolución industrial la agricultura y la ganadería perdieron importancia económica a favor de la industria. Los primeros economistas clásicos, al igual que los fisiócratas que les precedieron, sí que le concedieron a la tierra importancia en sus estudios. Más en concreto, investigaron sobre la renta que producía la propiedad de tierra labrable. Para Smith era el valor residual del precio de un producto agrario una vez deducidos los salarios y los beneficios. Si la demanda de ese producto aumentaba simplemente porque crece la población, subirá la renta de las tierras más fértiles; si en cambio la demanda del producto cae, la renta se reducirá en incluso desaparecerá.

Ricardo, en cambio, concede mucha más importancia al concepto de renta agraria. Planteó que el rendimiento de las explotaciones agrarias es decreciente puesto que a medida que aumenta la población y deben roturarse más y más tierras para alimentar a esa población en aumento, el rendimiento que se extrae de ella es cada vez menor. Y puesto que la renta que se percibe es igual al rendimiento medio del sector, llegará un momento en que se roture tanta tierra que la renta se reduzca hasta ser nula, con las consecuencias antes descritas de la llegada del estado estacionario. Aunque ambos economistas coinciden en definir la renta de las tierras fértiles como una renta diferencial, tienen opiniones totalmente contrarias sobre el efecto de un aumento de la población. Marx reconoció la existencia de la renta diferencial pero también la de una renta absoluta como consecuencia del monopolio de propiedad, siendo ésta parte de la plusvalía agrícola.

El último aspecto que se va a tratar sobre las principales ideas de los economistas clásicos es la teoría del valor. Para ellos, los precios se explicaban a partir de los costes de producción. Se centraban exclusivamente en una idea: el valor (precio) de los bienes tiende a igualarse a la larga al coste medio de

producción (incluye el coste del trabajo, el capital y la renta de los bienes), en una situación de competencia. Esta es una de las principales aportaciones de Smith que luego desarrollaron economistas clásicos posteriores. Es pues una teoría objetiva del valor.

Por su parte, David Ricardo fue algo más allá del razonamiento de Smith y defendió que el trabajo era la causa fundamental del valor. Afirmó que, siendo el capital trabajo incorporado, se podía salvar el escollo de las diferentes dotaciones de factores en los procesos productivos midiendo también el capital en el trabajo que costó producirlo. No obstante, puede decirse que, desde un punto de vista analítico, Ricardo buscó el valor en los costes reales del trabajo y el capital. Solo Marx construyó una verdadera teoría del valor-trabajo e intentó reducir todos los factores de producción a su equivalencia en trabajo.

Junto a éstos, hubo otros autores que también elaboraron teorías del valor como Senior, J. S. Mill o Torrens. Todos ellos entendieron el valor de forma objetiva, pero otros pensadores, como Say o Longfield, lo definieron como algo relativo, de tal manera que el valor de una mercancía dependía de la utilidad creada con su fabricación y con su escasez.

Para acabar, en este apartado se plantea un breve análisis sobre la forma que tenían los economistas clásicos de investigar y presentar sus conclusiones. El método de análisis científico para extraer explicaciones y conclusiones de sus investigaciones varía entre los distintos miembros de la escuela. Unos siguen un enfoque más inductivo (formular teorías a partir de la experiencia) y otros un enfoque más deductivo (formular teorías a partir de la abstracción intelectual). Entre los primeros se cuentan economistas como Smith, McCulloch o Say, mientras que entre los segundos destacan Ricardo y Cairnes. Otros economistas no fueron tan claros en su postura, bien porque cambiaran de opinión (Senior), bien porque intentaran conjugar ambos métodos (J. S. Mill) o bien porque desarrollaran uno distinto (Marx y su materialismo dialéctico).

La razón para pertenecer a un grupo u otro radica en que los partidarios del método inductivo provienen de una tradición de las ciencias físicas heredada de

David Hume. Por otro lado, los partidarios del método deductivo seguían el proceder científico de David Ricardo. En cuanto a la forma de presentar sus conclusiones, cabe destacar que no hacían distinción entre economía positiva y normativa, es decir, mezclaban la descripción de la realidad económica con sus propios juicios de valor. Esta postura se deriva de la creencia del ya mencionado orden natural, por lo que la investigación económica debía basarse en desentrañar el funcionamiento de ese orden único. Por esa razón, ante un problema económico no podría haber dos soluciones distintas correctas.

2. LA LEY DE SAY

Al término de las guerras napoleónicas, las economías europeas experimentaron el azote de sucesivas crisis económicas. De especial gravedad son las que sufrió Inglaterra en los años 1815, 1825, 1836, 1839 y 1847. Las razones del surgimiento de estas crisis son variadas: cambio de una economía de guerra a una de paz, las consecuencias derivadas del aumento de deuda pública durante la guerra, crisis financieras debido a la especulación... Pero en la mayoría de estas crisis se observa una gran sobreproducción que el mercado no es capaz de absorber. El aumento de la productividad conseguida por la revolución industrial unido al hecho de que el sistema proteccionista seguía vigente, condujo a la fabricación de un gran número de productos que el mercado inglés no podía absorber pero tampoco exportar. Los coetáneos lo llamaban “general glut” y fue objeto de debate por parte de los economistas clásicos.⁵

La posición más hegemónica dentro de esta escuela fue la capitaneada por Jean-Baptiste Say y la ley que lleva su nombre. La Ley de Say, enunciada por primera vez en su *Tratado de Economía Política* (1803), establece que es la producción y no el consumo lo que genera riqueza. De acuerdo con Say, en el mismo momento en que se fabrica un producto, se crea una demanda de valor equivalente en el mercado. Say la denominó como Ley de Mercados y la explicaba así: *“Conviene observar, que un producto creado ofrece, desde este instante, una salida a otros productos por todo el importe de su valor. En efecto, cuando el último productor ha terminado un producto, lo que más desea es venderle, para que su valor no esté ocioso en sus manos. Pero no tiene menor impaciencia por deshacerse del dinero que le proporciona su venta, para que el valor del dinero no esté tampoco ocioso: y como nadie puede deshacerse, de su dinero sino tratando de comprar un producto, cualquiera que sea, se ve que el*

⁵ Tougan-Baranowski, M. (1914). *Las crisis industriales en Inglaterra*. La España Moderna, Madrid.

solo hecho de la formación de un producto abre desde este mismo instante la salida a otros.” (J. B. Say, 1820, libro primero capítulo XV)⁶

A veces se ha simplificado el significado de esta ley como “toda oferta crea su propia demanda”, aludiendo a que cualquier cosa que se fabrique se va a vender. No es eso lo que propugna esta ley. Esta ley lo que dice es que la producción genera rentas y demanda, si no en un determinado mercado, en otros. Los cambios en los precios relativos permitirán acompasar la oferta con la demanda en toda ella. Este lapso temporal de ajuste entre sectores puede llevar a que en alguno de los sectores exista exceso de oferta mientras que en otros haya un exceso de demanda equivalente. Es decir, hasta que el mecanismo de precios se ajuste a la nueva situación de oferta creciente, se producen las denominadas crisis de sobreproducción en algunos sectores, pero nunca hay exceso de oferta a nivel agregado.

En terminología moderna, la ley de Say establece la *identidad* entre la oferta agregada y la demanda agregada. Esta identidad presupone la condición de que la propensión al gasto agregado sea igual a la unidad, es decir, los consumidores saben a ciencia cierta cuales van a ser sus ingresos en todo momento y, por consiguiente, también conocen cuánto pueden gastar ahora y en el futuro. De ello se deduce que no se produce atesoramiento: todo el ahorro que se produce se transforma en inversión, no existen capitales ociosos.⁷

⁶ Say, J. B. (1820): *Tratado de Economía Política*. Traducción de Juan Sánchez Rivera, Alcalá de Henares.

⁷ Aunque la Ley de Say fue publicada después de su muerte, es probable que Adam Smith también la suscribiera debido a que algunos de los argumentos esgrimidos por Say para defender la existencia de esta ley ya aparecían en *La Riqueza de las Naciones*: “Así como el capital de un individuo sólo puede aumentar con lo que ahorre de sus rentas anuales o de sus ganancias, de igual suerte el capital de la sociedad, que coincide con el de sus individuos, no puede acrecentarse sino en la misma forma [...] Lo que cada año se ahorra se consume regularmente, de la misma manera que lo que se gasta en el mismo período, y casi al mismo tiempo también, pero por una clase distinta de gentes [...] La proporción de la renta que ahorra al cabo del año, como que se emplea en la consecución de una ganancia se emplea en concepto de capital, y se consume en la misma forma y poco más o menos en el mismo período de tiempo, pero por una

En definitiva, la sobreproducción que se puede percibir en algunos sectores no es más que una situación negativa coyuntural que tarde o temprano el mecanismo de competencia se encargará de solucionar de forma natural. Por lo que lo único que la sociedad o los poderes públicos pueden hacer para remediarlo cuanto antes es dejar que el libre mercado actúe sin intromisiones de ningún tipo. La forma de entender las crisis al amparo de la Ley de Say se asemeja a un simple resfriado: una situación incómoda que con paciencia se curará sola.

Aunque el apoyo a esta teoría fue bastante general entre los economistas de esta escuela, David Ricardo y James Mill fueron sus partidarios más entusiastas.

David Ricardo recogió las principales ideas de esta ley y las adaptó a su propio sistema económico. Él sí afirmó que pudieran darse lapsos de tiempo en los que la oferta fuera mayor que la demanda derivados de un incremento de la propensión al ahorro. Este hecho tendría como consecuencia un atesoramiento de capitales que podría significar o no un descenso del fondo de salarios. Paulatinamente, esos ahorros atesorados se convierten en inversión que hace aumentar de nuevo el fondo de salarios. Por tanto, para Ricardo, las crisis de sobreproducción son el tiempo que tarda el ahorro en convertirse en inversión.

Posteriormente, John Stuart Mill enunció una versión diferente de la Ley de Say más elaborada. En esta reinterpretación se acepta que la oferta y demanda agregadas pueden no ser siempre iguales, aunque sí lo serán en condiciones de equilibrio. A esta hipótesis se la denomina *Igualdad de Say*.

El desequilibrio entre oferta y demanda agregadas puede existir debido a la existencia del dinero, el cual nos permite trasladar nuestro poder de compra del presente al futuro mediante el simple atesoramiento o la oferta de crédito. Say planteó su ley homónima de tal forma que una compra siempre reportaba automáticamente otra por parte del anterior vendedor con ese mismo importe,

clase distinta de gente [...] El único uso del dinero reside en hacer circular los bienes que se consumen" (A. Smith, 1992, pp. 306-307)

ya que la propensión al gasto es igual a 1. Según J. S. Mill esto es válido en economías de trueque, pero en un contexto de uso de dinero esto no tiene por qué ser cierto: las compras se pueden posponer durante un tiempo indeterminado sin impedimento alguno. Por lo que el pago de una venta no implica necesariamente que ese vendedor compre automáticamente algo a su vez. Durante las crisis económicas, por ejemplo, los consumidores tienden mucho a retrasar sus compras por miedo a que la situación económica se agrave demasiado. Los comerciantes y productores, a su vez, disminuyen su compra de existencias y su producción, respectivamente, para no acumular productos sin vender.

La función del dinero como depósito de valor puede, por tanto, conducir a situaciones de insuficiencia de demanda agregada. Por tanto, este autor sí admitía la existencia de períodos de sobreproducción generalizada. Estas situaciones se solucionan con variaciones de los precios y del tipo de interés que consiguen que la demanda agregada vuelva a ser igual a la oferta agregada.

Una de las situaciones que puede darse es una insuficiencia de demanda provocada por un aumento de la propensión a ahorrar. Esto conduce a un exceso de oferta de crédito que hace el tipo de interés baje. La bajada del tipo de interés estimula la petición de préstamos y hace aumentar la demanda de capital y de bienes y servicios. De esta forma la demanda agregada se recupera.

La otra situación que puede darse es que se produzca atesoramiento. Cuando esto ocurre se produce un aumento de la preferencia por la liquidez, es decir, se retira dinero de la circulación. Esto hace caer los precios de bienes y servicios aumentando, consecuentemente, el valor del dinero atesorado. El aumento del poder de compra de esos fondos atesorados hace que vuelvan a fluir al mercado incrementando la demanda de bienes y servicios. Volviendo también ahora al equilibrio.

Entonces, desde el punto de vista de J. S. Mill, las llamadas crisis de sobreproducción no son más que breves lapsos de tiempo en los que el mercado se acaba ajustando por su cuenta de manera automática. Así lo expresó el propio

Mill: *“Pero es un gran error suponer, como Sismondi, que las crisis comerciales son efecto de un exceso general de la producción. No son otra cosa que una consecuencia del exceso de compras de carácter especulativo. La baja de los precios no se produce por grados sucesivos, sino de pronto y como una consecuencia de los precios demasiado altos: su causa inmediata es una contracción del crédito, y el remedio no es la disminución de la oferta, sino el restablecimiento de la confianza. Es así mismo evidente que este desajuste temporal de los mercados es un mal precisamente por ser de poca duración.”* (J. S. Mill, 1951, pp. 663)⁸

Los defensores de la validez de la ley de Say no percibieron claramente la existencia de desempleo de recursos (trabajo) con carácter más o menos permanente como consecuencia de una situación de sobreproducción. Para la mayoría de los economistas clásicos, simplemente hay stock sin vender de ciertas mercancías y mayor demanda de otros bienes. Esto puede significar exceso de capacidad en algunos sectores, pero se compensarán con el exceso de demanda en otros. Por tanto el nivel de empleo de recursos no debería variar. Ricardo tampoco se plantea que el desequilibrio en el mercado de bienes se traslade a un desequilibrio en el mercado de factores, éstos siempre se encuentran en equilibrio. Y John Stuart Mill tampoco concibe que las situaciones temporales de insuficiencia de demanda agregada originen situaciones de desempleo con carácter más o menos permanente.

Todos los defensores de la ley de Say parecían defender en una u otra versión que, dado el carácter temporal de las situaciones de sobreproducción, bien sectoriales o bien generalizadas, el desempleo que pudiera producirse sería también de carácter temporal. Existía una confianza en todos ellos de que un sistema de precios y salarios flexibles conducirían también al pleno empleo en los mercados de factores productivos.

⁸ Mill, J. S. (1951): *Principios de Economía Política*. Fondo de Cultura Económica, Ciudad de México.

Más allá de la economía clásica, la ley de Say tuvo una amplia aceptación entre los economistas durante más de un siglo hasta la publicación de la *Teoría General* de Keynes en 1936. Keynes rompe con la creencia de que la riqueza se genera en la producción afirmando que, en realidad, se genera mediante su consumo. Es decir, cambia el enfoque tradicional de la oferta a otro centrado en la demanda.

3. LAS TESIS DEL SUBCONSUMO: SISMONDI, MALTHUS Y LAUDERDALE

Si bien la Ley de Say propició un amplio consenso en torno a ella, también hubo autores clásicos que desarrollaron teorías sobre las crisis de sobreproducción al margen de esa ley. Fueron los partidarios de las *tesis del subconsumo* y sus principales autores fueron Simonde de Sismondi, Thomas Robert Malthus y James Maitland, 8º conde de Lauderdale.

El propio Sismondi explicó las diferencias de opinión sobre estas crisis entre los seguidores de la Ley de Say y los del subconsumo:

“El Sr. Ricardo, en Inglaterra, y el Sr. Say, en el continente, han sostenido que al economista le basta con ocuparse de la producción de riquezas, pues la mayor prosperidad de las naciones depende de producir siempre más, Han dicho que la producción, al crear medios de intercambio, crea consumos; que no se debe temer nunca que las riquezas congestionen el mercado, al margen de cuál sea la cantidad producida por la actividad humana, porque las necesidades y los deseos del hombre estarán siempre dispuestos a hacer uso de todas esas riquezas.

Por otra parte, el Sr. Malthus, en Inglaterra, ha sostenido, como yo he tratado de hacerlo en el continente, que el consumo no es la consecuencia necesaria de la producción; que es cierto que las necesidades y deseos del hombre no tienen límites, pero que esas necesidades y esos deseos solo son satisfechos por el consumo cuando están ligados a medios de intercambio. Nosotros hemos afirmado que no basta crear esos medios de intercambio para hacer que pasen a las manos de quienes los desean o los necesitan; que con frecuencia sucede que los medios de intercambio aumentan en la sociedad, mientras la demanda de trabajo o los salarios disminuyen; que si los deseos y las necesidades de una parte de la población no pueden ser satisfechos, el consumo también disminuirá. En resumidas cuentas, hemos dicho que el signo inequívoco de la prosperidad de una sociedad no es la producción creciente de riquezas sino la demanda

creciente de trabajo, o la oferta creciente del salario que lo recompensa.” (S. de Sismondi, 2016, pp. 424-425)⁹

Los autores subconsumistas planteaban que las crisis de sobreproducción se deben a la producción de bienes por encima de lo que el mercado puede absorber. Este hecho se debe, principalmente, al escaso poder de compra de la clase trabajadora y a la excesiva propensión al gasto de la clase capitalista. La consecuencia de ello es que las mercancías se queden sin vender y las empresas reduzcan la producción provocando infrautilización del capital y el trabajo de forma permanente. Con esta situación, la inversión en vez de aumentar se reduce. Es decir, en contra de lo que opinaban Say, Ricardo, James Mill o J. S. Mill; las crisis no se solventan rápidamente, sino que pueden enquistarse por tiempo indefinido.

Sismondi partía del flujo circular de la renta y planteaba unas relaciones macroeconómicas que debían mantener el equilibrio entre ellas: producción, renta y consumo. De tal manera que: *“La riqueza nacional sigue un movimiento circular en su progresión; cada efecto se hace causa a su vez; cada paso es regulado por el que le precede y determina el que le sigue y el último paso vuelve a traer al primero de ese orden. La renta nacional debe regular el gasto nacional, este debe absorber, en el fondo de consumo, la totalidad de la producción; el consumo absoluto determina una reproducción igual o superior, y de la reproducción nace la renta.*

La riqueza nacional continúa creciendo, y el Estado prosperando, si un consumo rápido y completo determina una reproducción siempre superior, y si las demás partes de la riqueza, que están en relación unas con otras, siguen ese movimiento con paso igual y siguen creciendo de una manera gradual; pero cuando se rompe la proporción entre ellas, el Estado decae” (S. de Sismondi,

⁹ Simonde de Sismondi, J. C. L. (2016): *Nuevos principios de economía política*. Icaria editorial, Barcelona.

2016, pp. 90)¹⁰. Por tanto, cualquier perturbación que altere la proporción de estos tres agregados provoca desequilibrios que derivan en crisis.

Mientras que los ajustes por sobreproducción eran para Say automáticos o muy rápidos para J. S. Mill, Sismondi pensaba que eran bastante más lentos. En su doble condición de historiador y economista le daba bastante importancia a los tiempos, es decir, su análisis era esencialmente dinámico. Por tanto, su hipótesis de que los ajustes en el mercado no sean tan rápidos como propugna la ley de Say, permite que ocurran sucesos de por medio que trastocan el resultado final en otra dirección. Más en concreto, planteaba que el prolongamiento de esta sobreproducción provoca subconsumo que agrava la crisis.¹¹ Esta salida “catastrófica” de las crisis contrasta con la propugnada por la Ley de Say, a la que algunos autores han llamado “paz ricardiana”.

Para superar esta situación de estancamiento, Sismondi planteaba básicamente dos tipos de soluciones¹²: estímulo del consumo al más puro estilo keynesiano y revertir algunas instituciones económicas al estado preindustrial.

En primer lugar, defendía la mejora de las condiciones laborales y salariales de los trabajadores industriales, a los que él ya llamó “proletarios” antes de que lo hiciera Marx. Sismondi observó que el desarrollo del capitalismo unido a la revolución industrial había hecho que los trabajadores de las fábricas trabajasen un gran número de horas por un salario miserable.¹³ Si esta gran masa de obreros mejorase su nivel de vida, estimularían el consumo nacional y se

¹⁰ Simonde de Sismondi, J. C. L. (2016): *Nuevos principios de economía política*. Icaria editorial, Barcelona.

¹¹ Diego Guerrero, en su libro *Sismondi, precursor de Marx* articula de forma gráfica el ajuste sismondiano frente al ajuste clásico de un sector con sobreproducción.

¹² Estos dos tipos de soluciones no son excluyentes entre sí y, de hecho, algunas de las medidas que planteaba pueden ser consideradas de esos dos tipos a la vez.

¹³ “El perfeccionamiento [técnico] era útil, pero que era la aplicación que hacíamos la que, según las circunstancias, podía ser ventajosa o dañina”. (S. de Sismondi, 2016, pp. 408)

superaría así la crisis¹⁴. Esto podría conseguirse de múltiples formas: legislando a favor de ellos, formando gremios de carácter asistencial, intervención pública... En particular, abogaba por crear empleo agrario. Desde su punto de vista, la proletización era eminentemente industrial, apenas había llegado al sector primario. Afirmaba que los trabajadores del campo tenían mejores condiciones laborales, lo cual les permitía ahorrar y llegar a ser propietarios. La competencia en el ámbito rural tampoco era tan exacerbada como entre los industriales urbanitas. En definitiva, el desarrollo del capitalismo no había afectado excesivamente al sector agrario y todavía conservaba antiguas estructuras y funcionamientos preindustriales que él veía como más positivos.

También afirmó que el Estado podría crear actividad económica mediante gasto público que mejoraría los salarios de los trabajadores, crearía empleo y permitiría superar las crisis de sobreproducción: *"[El gobierno] debe emplear sus brazos en obras públicas cuyos productos no se llevan al mercado ni aumentan la saturación general. Los edificios públicos, los ayuntamientos, los mercados, los paseos públicos son una riqueza genera, aunque no se vendan ni se compren en absoluto. Se pueden cubrir con agua inmensas superficies de tierra al borde del mar y a lo largo de los ríos o desecando zonas pantanosas, puede doblarse o cuadruplicarse la fertilidad de provincias enteras con trabajos de regadío [...] y estas mejoras [...] podría[n] dar empleo, no sólo a sus industriales sino a un cuarto de sus habitantes, sin que los trabajos se acaben en mucho tiempo. Pero al venir en ayuda de los obreros de una industria enferma, con estas obras públicas, el gobierno debe respetar sobre todo las siguientes reglas: no hacer competencia a una industria ya existente y por tanto no añadir una nueva perturbación a los mercados; no convertir estos trabajos que ordena y paga en una ocupación permanente [...] y, finalmente, no perder nunca de vista que estas*

¹⁴ *"De aquí resulta una regla importante que con frecuencia se olvida: que para aumentar las ventas de los productos industriales y de cualquier trabajo humano, no es la renta del rico sino del pobre lo que hay que aumentar. Es su salario lo que debe crecer, pues el pobre es el único comprador que puede contribuir de forma importante a la extensión del mercado."* (S. de Sismondi, 1834, pp. 15)

obras públicas deben ser preparación y aprendizaje de un nuevo estado, sobre todo agrícola.” (S. de Sismondi, 1834, pp. 28-29)¹⁵

Malthus también defendía el subconsumo como explicación para las crisis de sobreproducción. Centró su análisis en el consumo por parte de asalariados y capitalistas. Planteó que la falta de consumo se explica por las formas de consumir de estas dos clases sociales. Los trabajadores consumen poco debido a sus bajos salarios, situados la mayor parte de las veces al nivel de subsistencia. Los capitalistas, por su parte, no consumen suficiente debido a que tienden a usar sus rentas en invertir, es decir, tienen una propensión al ahorro es demasiado alta.

Según este autor, la débil demanda de consumo hace desaparecer los incentivos para invertir. De esta manera, la inversión se reducirá paulatinamente produciendo un aumento del desempleo y una reducción de las rentas de los capitalistas que terminará por estancar la actividad económica¹⁶. La solución a estas crisis pasaría por aumentar el gasto por parte de los capitalistas (los únicos con suficiente poder de compra para hacerlo) en consumo de bienes de lujo, en contratar a más sirvientes (trabajadores improductivos) o en actuar como mecenas del arte. Malthus argumentó que el aumento de la contratación de trabajadores debía darse en “sectores no productivos”. Un aumento de los salarios de los trabajadores productivos se saldaría en un incremento de los costes de producción y una disminución de los beneficios que afectaría negativamente a la economía: *“Es imposible que la mayor cantidad de mercancías, obtenida por el mayor número de trabajadores productivos, debería encontrar compradores, sin una disminución del precio que probablemente reduciría su valor por debajo de lo que supone el gasto o, por lo menos, minore enormemente los beneficios para disminuir tanto la capacidad como el deseo de*

¹⁵ Guerrero, D. (2011): *Sismondi, precursor de Marx*. Maia ediciones, Madrid.

¹⁶ *“Ninguna nación puede posiblemente enriquecerse mediante una acumulación de capital que provenga de una disminución permanente del consumo”* (T. R. Malthus, 2008, pp. 399)

ahorrar.” (T. R. Malthus, 2008, pp. 399)¹⁷. De igual manera, los gobiernos también deberían contratar a más funcionarios (trabajadores improductivos), en la medida de lo posible, para revertir esta situación de subconsumo.

Siguiendo a Caballero, J. C. (2004), el análisis de Malthus parece distinguir *deseo de compra* y *poder de compra*. El primero se refiere la demanda potencial que los consumidores pretenden hacer; el segundo se refiere al consumo que realmente se hace¹⁸. En una situación de pleno empleo el deseo y el poder de compra son iguales; sin embargo, si existe desempleo el poder de compra será inferior. Ésto hará que el consumo se resienta, la inversión disminuya y acabe por provocar más desempleo cayendo en un círculo vicioso del que solo se podría salir estimulando el consumo.

Destacar que, aunque Sismondi y Malthus defendían la existencia del subconsumo, sus afirmaciones sobre qué hacer con los salarios de subsistencia de los trabajadores productivos eran completamente diferentes. Mejorar esos salarios, para Sismondi, además de un deber moral, era la mejor herramienta para superar las crisis; mientras que para Malthus era completamente inútil y hasta contraproducente.

El planteamiento del conde de Lauderdale era un poco distinto. Pensaba que para cada tipo de tecnología hay un nivel óptimo de capital/trabajo, por lo que si se ahorra y, por tanto, se invierte en demasía se produce una bajada de la productividad marginal de la inversión. Ese sobreahorro ocasionaría un descenso de la demanda de bienes de consumo y restringiría las oportunidades de inversión. Es decir, según este autor las crisis son consecuencia de crear más capital del que es necesario para la economía.

Para solucionar las crisis, Lauderdale propone dos soluciones. La primera es aumentar el gasto por parte del Estado. Con ello se conseguiría elevar la

¹⁷ Malthus, T. R. (2008): *Los principios de economía política*. Instituto de Estudios Fiscales, Madrid.

¹⁸ Otros autores se refieren a demanda total y demanda solvente.

demanda y disminuir el ahorro, volviendo al equilibrio capital/trabajo inicial. La segunda solución que proponía es disminuir la desigualdad de renta entre la población. Argumentaba, al igual que Sismondi, que una mejor distribución de la riqueza estimula la demanda y resulta beneficioso para el crecimiento económico.

Las tesis subconsumistas prácticamente languidecieron durante más de un siglo (con escasas excepciones como Karl Marx o Jean Silvio Gesell) hasta que fueron relanzadas gracias a J. M. Keynes en su *Teoría General*: *“Es verdad que Malthus se opuso con vehemencia a la doctrina de Ricardo de que era imposible una insuficiencia de la demanda efectiva, pero en vano, porque no pudo explicar claramente (fuera de un llamado a la observación común de los hechos) cómo y por qué la demanda efectiva podría ser deficiente o excesiva, no logró dar una construcción alternativa y Ricardo conquistó a Inglaterra de una manera tan cabal como la Santa Inquisición a España. Su teoría no fue aceptada sólo por la City, los estadistas y el mundo académico, sino que la controversia se detuvo y el punto de vista contrario desapareció completamente y dejó de ser discutido. El gran enigma de la demanda efectiva, con el que Malthus había luchado, se desvaneció de la literatura económica. (J. M. Keynes, 2003, pp. 61)¹⁹*

¹⁹ Keynes, J. M. (2003). *Teoría general de la ocupación, el interés y el dinero*. Fondo de Cultura Económica, Ciudad de México.

4. MARX Y LOS CICLOS INDUSTRIALES

Una de las mayores aportaciones de Karl Marx a la economía fue su teoría del *plusvalor*. Esta teoría afirma que el beneficio de la clase capitalista proviene de no pagar al trabajador por el cien por ciento del valor de lo que produce. El obrero, con su trabajo, aporta el valor a las mercancías; sin embargo, no percibe a cambio en su salario todo el valor que ha producido, sino que el capitalista, como dueño de los medios de producción, le paga una cantidad menor. Esa diferencia es lo que Marx denominaba *plusvalía*²⁰. Y a la variación entre la plusvalía y el trabajo pagado *tasa de explotación*.

La extracción de plusvalía, clave en el modo de producción capitalista, permite a los dueños del capital obtener beneficios por el simple hecho de poseerlo y aumentar así el monto total de éste. Sin embargo, Marx argumentó que esta acumulación de capital no era constante, sino que estaba sometida a oscilaciones cíclicas como consecuencia de la propia dinámica capitalista: los llamados *ciclos industriales periódicos*.

En estos ciclos, se da una relación inversa entre desempleo y salarios: cuanto mayor es el primero, menores serán los segundos. También ocurre lo mismo con los salarios y los beneficios como consecuencia de los intereses contrapuestos de obreros y capitalistas. De esta manera, en los períodos de auge los beneficios aumentan y, por tanto, la acumulación de capital también. Esto hace que aumente la demanda de trabajo por parte de las empresas, reduciendo el número de desempleados (lo que Marx llamaba *ejército industrial de reserva*) y haciendo aumentar paulatinamente los salarios. Sin embargo, este alza de los salarios

²⁰ “Ya sabemos, sin embargo, que el proceso laboral prosigue más allá del punto en que se ha reproducido y agregado al objeto de trabajo un simple equivalente por el valor de la fuerza de trabajo. En vez de 6 horas, que bastarían a tales efectos, el proceso dura, por ejemplo, 12 horas. Mediante la puesta en marcha de la fuerza de trabajo, pues, no solo se reproduce su propio valor, sino un valor excedente. Este plusvalor constituye el excedente del valor del producto por encima del valor de los factores que se han consumido al generar dicho producto, esto es, los medios de producción y la fuerza de trabajo.” (K. Marx, 2017, pp. 272)

también significa que los beneficios empiezan a reducirse hasta llegar a un punto en que la economía entra en crisis.

En el análisis que hace Marx el mercado de trabajo nunca se vacía; es decir, el ejército industrial de reserva nunca desaparece. Hay una tasa mínima y una tasa máxima de desempleo que establecen el inicio y el fin del auge del ciclo industrial.²¹ Además, la oferta y la demanda de trabajo no crecen de manera acompasada; las fases de crecimiento de la demanda no coinciden con las fases de expansión de la oferta. Esto genera un desequilibrio continuo del mercado de trabajo en el modelo marxista.

Este economista afirmó que, si bien la demanda de trabajo aumenta cuando se acumula el capital, desciende cuando el capital se reduce por falta de renovación²² o por la sustitución de trabajadores por maquinaria.²³ Esta sustitución de trabajo por capital (Marx lo llamaba aumento de *la composición orgánica del capital*) se produciría fundamentalmente durante los períodos de auge debido a los altos salarios de los obreros. Para los capitalistas sería una manera de intentar abaratar costes durante estos períodos de bajo desempleo y elevados salarios.

Por otro lado, la oferta de trabajo crece principalmente por la desposesión de los medios de producción por parte de pequeños empresarios y comerciantes

²¹ Algunos autores han afirmado que esta situación de ausencia de pleno empleo se presenta muy funcional para los intereses de los capitalistas: *“Bajo un régimen de pleno empleo permanente, el despido dejaría de desempeñar su papel como medida disciplinaria. La posición social de los jefes se menoscabaría, y crecería la conciencia de clase de los trabajadores y su confianza en sí mismos. Las huelgas para lograr incrementos salariales y mejoras en las condiciones laborales crearían tensiones políticas [...] los líderes empresariales valoran más la disciplina en las fábricas y la estabilidad política que los beneficios. Su instinto de clase les dice que, desde su punto de vista, el pleno empleo duradero es poco razonable y que el desempleo es parte integrante de un sistema capitalista normal.”* (M. Kalecki, 1943, pp. 7)

²² Por ejemplo, en el caso de una situación de economía de guerra, en la cual se sustituye la fabricación de *medios de producción* por *medios de destrucción* (material bélico).

²³ Esto se tratará más profundamente en el próximo epígrafe.

arruinados. Marx hacía una clara distinción entre la población total y lo que hoy llamamos población activa. En ese sentido, este autor se aleja de la teoría maltusiana de la población. No piensa que la oferta de trabajo varíe como consecuencia del aumento de población (al contrario que los análisis de los economistas clásicos ortodoxos), sino que varía por la proporción de la fuerza de trabajo sobre la población total.²⁴ Esta proporción cambia durante las crisis económicas porque las empresas más pequeñas o en peores condiciones se ven obligadas a cerrar condenando a sus dueños a formar parte del ejército industrial de reserva, aumentando así la oferta de trabajo disponible. Esta “concentración económica de la propiedad”, como la llamaba Marx, es consecuencia directa de las dinámicas propias de la producción capitalista. Marx afirmaba que, aunque el capitalismo necesite de competencia para su correcto funcionamiento, la propia evolución del capitalismo conduce a que la propiedad del capital se concentre. Según este autor, ésta y otras contradicciones acabarán por hacer caer al capitalismo.

Por tanto, la evolución del ciclo industrial ocurriría de esta manera: a medida que el capital se va acumulando, crece la necesidad de mano de obra para las empresas. El desempleo se reduce mientras que los salarios aumentan. Sin embargo, este alza de los salarios hace que se reduzcan los beneficios, frenando así la tasa de beneficios y la demanda de trabajo. En este momento es cuando se sustituye a trabajadores por maquinaria, en un intento de reducir costes y aumentar beneficios; pero con ello solo se consigue alargar brevemente el ciclo alcista de beneficio. Al final, la tasa de beneficios cae a un nivel tan bajo que la acumulación de capital prácticamente se detiene haciendo entrar a la economía en crisis.

²⁴ *“Los movimientos generales del salario están regulados exclusivamente por la expansión y contracción del ejército industrial de reserva, las cuales se rigen, a su vez, por la alternación de periodos que se opera en el ciclo industrial. Esos movimientos no se determinan, pues, por el movimiento del número absoluto de la población obrera, sino por la proporción variable en que la clase obrera se divide en ejército activo y ejército de reserva.”* (K. Marx, 2017, pp. 727-728)

En la fase bajista del ciclo industrial la demanda de trabajo cae debido a que una parte del capital amortizado no se reemplaza, lo cual hace caer el stock total de capital. Otra razón que explica la caída del empleo es la bajada de la demanda agregada fruto del aumento de la composición orgánica del capital. La caída de la demanda agregada hace reducir el consumo desanimando así a los capitalistas de acometer inversiones. En este punto, Marx enlaza con Sismondi o incluso Keynes, asumiendo la existencia de un subconsumo que empeora la crisis. Esta caída de la demanda de trabajo por parte de las empresas, unida a la mayor oferta de trabajo por parte de capitalistas arruinados hace aumentar el desempleo. Pero este aumento de trabajadores en paro hace que los salarios se reduzcan, aumenten los beneficios y se logre otra vez acumular capital iniciando con ello otro ciclo de auge.

Cabe destacar que Karl Marx no establece datos concretos de acumulación de capital, tasa de plusvalía, tasas de desempleo máximas o mínimas u horizontes temporales claros. Únicamente describe tendencias observables del sistema económico y consecuencias a las que él piensa que la economía capitalista se verá abocada tarde o temprano. Para él las crisis serían cada vez más profundas, el desempleo mayor y la clase trabajadora sería cada vez más numerosa y más empobrecida. Por otra parte, la tasa de beneficio sería cada vez menor y las desigualdades entre clases sociales aumentarían hasta ser insostenibles. El resultado sería la revolución de la clase trabajadora, el advenimiento de la dictadura socialista del proletariado y después el sistema comunista, la fase final de organización del sistema productivo.

Antes de la llegada del sistema comunista se produciría la socialización de los medios de producción; el capital no estaría en manos privadas. De esta manera, los beneficios de la actividad empresarial no se quedarían en unas pocas manos, sino que toda la sociedad se beneficiaría de ellos. El nivel de empleo disponible tampoco variaría de forma arbitraria según el beneficio de los capitalistas; el trabajo se organizaría de forma colectiva. Así se conseguiría acabar con el sistema de clases sociales y las desigualdades que de él emanan.

Entre Karl Marx y Simonde de Sismondi hay coincidencias en la preocupación por la situación de la clase trabajadora, la desigualdad de renta entre clases sociales y por el resto de consecuencias negativas del auge capitalista y la revolución industrial; sin embargo, no parecen estar de acuerdo en la forma de solucionar esos problemas. Marx planteaba superar el sistema capitalista para, mediante la revolución socialista, llegar al *paraíso comunista* donde no habría desigualdades sociales. Por su parte, Sismondi parecía querer revertir el modo de producción a la etapa anterior a la revolución industrial.

5. CRISIS Y DESEMPLEO: LA CUESTIÓN DE LA MAQUINARIA Y EL DESEMPLEO ESTRUCTURAL

El grueso de los economistas de la escuela clásica no prestó mucha atención al tema del desempleo, simple y llanamente, porque no concibieron la existencia de desempleo a largo plazo o, como se le denomina en la actualidad, desempleo estructural. A lo sumo, se plantearon que pudieran producirse situaciones de desempleo a corto plazo o que las políticas sociales contra la pobreza generasen desempleo voluntario.

En este aspecto, al igual que ocurría con las crisis de sobreproducción, también se puede trazar una línea bastante clara entre los autores que defendían la ley de Say y los que defendían la existencia del subconsumo (incluyendo a Karl Marx según algunos autores). Los primeros no pensaban que pudieran existir situaciones de desempleo durante un período largo de tiempo, mientras que los segundos sí se planteaban que ésto pudiera ocurrir. En concreto, los partidarios de la ley de Say sí admitían que la mecanización de los procesos productivos (sustitución de trabajo por capital) pudiera generar despidos entre los trabajadores, pero que esa situación era puramente coyuntural. La existencia de la libre competencia y el mecanismo de precios garantizaban la reabsorción por parte del mercado de esos trabajadores en un corto período de tiempo. Fue éste un tema recurrente para toda la escuela clásica, puesto que casi todos sus autores tienen algún comentario o capítulo al respecto.

En el caso de Adam Smith, ni siquiera parece concebir un desempleo de corto plazo fruto de la mecanización. Para él, la introducción de maquinaria solo es, junto con la división del trabajo, una forma de aumentar la productividad del trabajo. Es decir, la introducción de maquinaria no destruye empleo, solo hace aumentar la producción total.²⁵ Se diría que ignora deliberadamente que la demanda no aumenta en la misma medida.

²⁵ *“El objetivo que persigue el capital fijo es el de aumentar la capacidad productiva del trabajo, o habilitar a un mismo número de obreros para que produzcan una cantidad de obra mucho*

David Ricardo argumentaba que, aunque se sustituya a trabajadores por maquinaria, éstos encontrarán un nuevo empleo debido al crecimiento económico. La razón de que los empresarios decidan sustituir a seres humanos por máquinas solo se explica porque la maquinaria sea más barata en comparación con el trabajo humano. Por tanto, al producirse esta sustitución los beneficios crecerán, con lo que la inversión también lo hará. Y este aumento de la inversión traerá consigo nuevas oportunidades para invertir que requerirán de más mano de obra, por lo que el desempleo antes creado desaparecerá.²⁶

Este mecanismo de ajuste implica que se produzca desempleo y bajadas salariales durante un cierto tiempo; ello hará que el crecimiento de la población se detenga o incluso que disminuya. Este ajuste maltusiano garantiza que la oferta de trabajo no aumente, facilitando que el aumento de la demanda de trabajo posterior reestablezca el pleno empleo. Además de este mecanismo, existe además la posibilidad de que la amenaza de mecanización tire los salarios a la baja estimulando así la contratación de más trabajadores. La razón de que esto ocurra es que, al amparo de la teoría del fondo de salarios de Ricardo, no existen rigideces salariales a la baja en el mercado de trabajo.

Además, Ricardo avisó de los riesgos de desincentivar el uso de maquinaria: *“Nunca será prudente desanimar el empleo de la maquinaria en un Estado, pues si no se permite al capital el máximo de renta neta que debe proporcionar el uso*

mayor” (A. Smith, 1992, pp. 260). Smith plantea que la maquinaria y los trabajadores son factores productivos complementarios, así que no es posible la sustitución de uno por otro.

²⁶ *“Como la capacidad de ahorrar rentas, para sumarlas al capital, depende de la eficiencia de los ingresos netos para satisfacer las necesidades del capitalista, nunca dejará de seguir a la reducción de precio debida a la introducción de maquinaria el que con las mismas necesidades se aumenten los medios de ahorrar, aumentándose así la facilidad de transformar la renta en capital. Pero con cada aumento de capital se empleará un número mayor de trabajadores, y, por tanto, una parte de la gente despedida del trabajo en el primer momento volvería a ser empleada; y si el aumento de la producción, a consecuencia del empleo de la maquinaria, fuese tan grande que suministrase en la forma de producto neto la misma cantidad de alimentos y artículos de necesidad como la que existía antes en la forma de producto bruto, habría la misma posibilidad de emplear a toda la población y, por ende, no habría necesariamente un exceso de ella.”* (D. Ricardo, 2003, p. 316)

de la maquinaria allí, será llevado al extranjero, y esto tiene que perjudicar más a la demanda de trabajo que el uso de la maquinaria” (D. Ricardo, 2003, p. 320)²⁷

En términos similares a Ricardo se expresó John Ramsay McCulloch. Este autor asumía que puede existir un aumento del desempleo cuando se introduce maquinaria en un proceso productivo, pero que éste es completamente transitorio. Planteaba el siguiente mecanismo de ajuste. Las innovaciones tecnológicas logran disminuir los costes de la producción, por lo que éstas se venderán a un precio más bajo. Esto hará que se estimule el consumo, bien porque se vendan más cantidades o bien porque el ahorro en el precio se dedique a la compra de otros productos. Este aumento de la venta de productos se saldará con una mayor demanda de mano de obra por parte de las empresas que acabará con el desempleo que se había producido anteriormente.

Adicionalmente, si el ahorro conseguido en el proceso productivo no se transmite íntegramente al precio de venta, sino que sirve para aumentar los beneficios empresariales; el stock de capital se verá incrementado. Al igual que planteaba Ricardo, este aumento del capital acumulado se saldará con nuevas inversiones que requerirán de más mano de obra continuando un círculo virtuoso de aumento de la producción-crecimiento del consumo-reducción del desempleo.²⁸

Para McCulloch, las innovaciones tecnológicas y la optimización de los procesos productivos eran sumamente provechosos puesto que eran un instrumento esencial para el crecimiento económico. Su planteamiento básicamente era que

²⁷ Ricardo, D. (2003): *Principios de Economía Política y Tributación*. Ediciones Pirámide, Madrid.

²⁸ *“Es bien evidente que el cambio [de trabajadores por máquinas] en nada afecta los medios de los que compran el producto del telar mecánico; y que el ahorro que les ocasione la baja de los precios, se empleará en la compra de otros objetos, cuya producción ocupará al fin a los tejedores de mano que hayan quedado sin trabajo, al propio tiempo que los productores abaratados se hallaran al alcance de nuevas clases de consumidores y se aumentará proporcionalmente su pedido; esto, como ya hemos visto, abrirá un nuevo campo donde podrán ocuparse muchos brazos en la construcción de máquinas, y en las diferentes dependencias inferiores de la fabricación. Es realmente imposible que cualquier mejora en la maquinaria deje de ser provechosa con el tiempo a todas las clases.” (J. R. McCulloch, 1855, pp. 107)*

la mecanización es positiva puesto que aumenta la productividad del trabajo. Y este aumento de la productividad genera un crecimiento económico que redunde en toda la sociedad: los capitalistas aumentan sus beneficios y con ello sus ahorros/inversiones y los consumidores aumentan sus compras mejorando su calidad de vida. Discutía a los que afirmaban que la mecanización destruye empleo con la siguiente reflexión: *“Si pudiera ser en algún modo perjudicial la construcción de una máquina que hiciese un par de medias con el mismo gasto que antes exigía el hacer una sola, el daño sería evidentemente igual si sucediese lo propio por el aumento de destreza y habilidad de los que las fabrican a mano; como por ejemplo, si las mujeres que acostumbran dar acabados dos o tres pares a la semana, concluyesen cuatro o seis. Ninguna diferencia hay entre estos dos casos.”* (J. R. McCulloch, 1855, pp. 100)²⁹

La única objeción que se le puede poner a su planteamiento es que fía su mecanismo a que el crecimiento económico producido redunde efectivamente en un aumento de la demanda de trabajo y con ello en una disminución del desempleo. Si, por ejemplo, no hay una completa flexibilidad de los salarios o éstos llegan al nivel de subsistencia, no está garantizado el regreso al pleno empleo.

Muy al hilo de esta última cuestión se encuentra el pensamiento de John Stuart Mill. Sus ideas respecto a la mecanización y a la posibilidad de desempleo estructural estaban muy en línea con las de David Ricardo y su mecanismo de ajuste; pero criticó el planteamiento de McCulloch de que una bajada del coste de fabricación redundara en una disminución del desempleo. Afirmó que la demanda de bienes no es demanda de trabajo, por lo que no hay razón alguna para colegir que una mayor demanda de ciertas mercancías se traduzca en mayor nivel de empleo en ese sector.³⁰

²⁹ McCulloch, J. R. (1855): Principios de economía política. Traducción de Cipriano Montesinos, Madrid.

³⁰ Se puede traducir, por ejemplo, en un mayor número de horas extras trabajadas por parte de los trabajadores actuales.

Say, en obvia coherencia con su famosa ley, también afirma que el desplazamiento de trabajadores por máquinas no resulta negativo para la sociedad. Además de afirmar que la identidad entre oferta y demanda agregadas garantiza el pleno empleo de recursos, establece tres circunstancias que mitigan este hecho³¹.

La primera es que Say opina, al igual que Ricardo y J. S. Mill que la sustitución de trabajo por capital es un fenómeno de carácter gradual, por lo que no se producen grandes perturbaciones en el empleo o la economía. La segunda circunstancia es que esas máquinas son construidas por trabajadores, por lo que una parte importante de los trabajadores desplazados se recolocaran en esa tarea. Y por último, la bajada del precio de los productos mejora el nivel de vida de esos trabajadores.

Las tesis defendidas por Malthus eran muy diferentes de las que plantearon los autores anteriores. Según su punto de vista, las mejoras tecnológicas hacen aumentar la cantidad producida con el consiguiente riesgo de que la demanda de los consumidores no sea capaz de absorberla. Es decir, cada vez que el proceso de producción de un sector determinado se mecaniza y con ello hace aumentar la capacidad productiva, se corre el riesgo de provocar un subconsumo y con ello una crisis de sobreproducción. Sin embargo, aunque afirmó que la introducción de maquinaria podría traducirse en crisis de sobreproducción, no infirió de ello que pudiera producirse o no un desempleo a largo plazo.

En el capítulo 4 se señaló que una de las soluciones para la crisis que proponía Malthus era el aumento del gasto improductivo por parte de los capitalistas. La razón detrás de esa idea está en que los procesos de mecanización hacen aumentar el ahorro de los capitalistas, por lo que estos mismos capitalistas son los que están en mejores condiciones para facilitar a la economía la salida de la crisis.

³¹ El análisis de Say sobre este tema aparece en el capítulo 7 de su *Tratado de economía política*.

Simonde de Sismondi también defendía que la introducción de maquinaria desplazaba trabajadores al desempleo, pero ponía el énfasis no tanto en la mecanización en sí, como en la mecanización en un contexto de economía capitalista: *“No es el perfeccionamiento de las máquinas lo que es la verdadera calamidad, es el reparto injusto que hacemos de su producto. Podemos hacer más obra con una cantidad dada de trabajo, y deberíamos aumentar más nuestros goces o nuestro reposo. El obrero sería su propio dueño, cuando haya hecho en dos horas, con la ayuda de una máquina, lo que antes hacía en doce, se pararía después de las dos horas, si no necesitaba, si no podía hacer uso de un mayor producto. Pero es nuestra organización actual, es la servitud del obrero lo que lo reduce, cuando una máquina aumenta sus poderes, a trabajar no menos, sino más horas al día, por un mismo salario.”* (S. de Sismondi, 2016, pp.383, nota 1)³²

Planteaba, en términos muy parecidos a Marx, que si el beneficio de la mecanización en tiempo o costes se repartiera adecuadamente entre capitalistas y obreros sería efectivamente positivo para toda la sociedad. Pero como en la práctica al obrero no le reporta ningún beneficio o, incluso, le perjudica, la introducción de maquinaria se traduce para el trabajador en peores condiciones laborales y/o en desempleo. Como ya se indicó anteriormente, Sismondi reivindicaba que este tipo de problemas no se daban en las sociedades preindustriales, por lo que se debían recuperar costumbres e instituciones de tal época para solucionar este tipo de nuevos problemas.

Sismondi contestó a los que, como Ricardo, opinaban que no se producía desempleo estructural con la mejora técnica con la metáfora conocida como “la manivela de Sismondi”. Esta metáfora plantea que si el perfeccionamiento técnico avanzara tanto que toda la producción de Inglaterra pudiera ser fabricada por el rey inglés dando vueltas a una manivela en una isla, éste podría prescindir del pueblo inglés. De tal manera que el rey nadaría en la abundancia mientras que su pueblo se moriría de hambre por falta de ocupación.

³² Simonde de Sismondi, J. C. L. (2016): *Nuevos principios de economía política*. Icaria editorial, Barcelona.

Karl Marx, por su parte, argumentó que el mercado de trabajo del sistema capitalista está en desequilibrio por naturaleza. El desempleo bascula entre una tasa mínima y una tasa máxima dependiendo del momento del ciclo de tal manera que nunca llega a ningún equilibrio de pleno empleo. Este economista también afirmaba que la introducción de maquinaria en los procesos productivos elimina empleo y que además tira los salarios a la baja. Asimismo, planteaba que con cada crisis económica aumenta el “ejército industrial de reserva” como consecuencia de la ruina de los pequeños capitalistas que se ven obligados a cerrar sus negocios o venderlos a otras empresas. Por lo que el pleno empleo no solo es imposible, sino que además el desempleo irá cada vez más en aumento, de la misma manera que las desigualdades entre clases sociales. Todo ello acabará por provocar la revolución proletaria y el fin del capitalismo.

Finalmente conviene señalar que prácticamente todos los autores señalados abogaron por ayudar a los desempleados y a los trabajadores con salarios miserables por medio de las entonces llamadas “leyes de pobres”. Todos propugnaron, no obstante, reformar de algún modo este sistema de ayuda. Otros economistas, como Robert Torrens, fueron un poco más allá defendiendo que el Estado debería hacerse cargo de manera específica de los desempleados desplazados de sectores mecanizados hasta que aprendieran otros oficios. Otro economista, Bentham, abogó por proveer de empleo a este tipo de desempleados tecnológicos. J. S. Mill fue incluso más radical afirmando que, si bien la introducción de maquinaria y mejoras técnicas suele ser un proceso gradual, si en algún momento la mecanización amenazara con provocar de golpe un gran aumento del desempleo, el Estado debería intervenir para disminuir el ritmo de introducción de la maquinaria.³³ En esto último chocaba con Ricardo, quien aducía que si se ponen trabas a la introducción de maquinaria se perderá competitividad con respecto a otros países y a la larga será más dañino.

³³ *“Esto no exige a los gobiernos de la obligación de atenuar, y en lo posible evitar, los males que produce, o puede producir, a la generación actual, esta fuente de ganancias. Si la inversión o fijación de capital en maquinaria u obras útiles se produjera alguna vez con una rapidez tal que debilitara en forma perceptible los fondos para el sostenimiento del trabajo, incumbiría a los legisladores tomar medidas para moderar su ritmo.”* (J. S. Mill, 1951, pp. 162)

CONCLUSIONES

En este apartado del trabajo se resumen las principales ideas de los economistas clásicos en torno a las crisis económicas y se presentan las principales conclusiones.

La ley de Say fue la principal teoría de la economía clásica para explicar el problema de las crisis de sobreproducción. Esta explicación radica en la concepción de que la riqueza se genera en la producción; por tanto, al fabricar un producto se crea una demanda de la misma intensidad. La existencia de las crisis de sobreproducción se justifica por el desacompañamiento de la oferta y la demanda y por la existencia del dinero (que permite transferir poder de compra del presente al futuro). Pero el mecanismo de ajuste de los precios garantiza la solución de las crisis. Y como mejor funciona este mecanismo es dejando libertad al funcionamiento de los mercados. Lo mejor que pueden hacer las autoridades públicas es no hacer nada. Los principales autores que defendieron y desarrollaron esta teoría fueron Say, James Mill, David Ricardo y John S. Mill.

Las teorías del subconsumo constituyen la explicación alternativa a las crisis de sobreproducción. Aunque cada autor que defendió este tipo de explicación elaboró una teoría del subconsumo diferente, pueden encontrarse importantes similitudes entre ellas. Todas plantearon que una situación persistente de bajada del consumo conduciría a aumentos del desempleo que haría volver a bajar el consumo y así sucesivamente creando un círculo vicioso que sumiría al país en un estancamiento económico. Parecieron defender que el desempleo puede ser un fenómeno de largo plazo (estructural), no solo de corto plazo. También coincidieron en que los empresarios capitalistas y las autoridades públicas debían actuar activamente para solucionar la situación. Las diferencias fundamentales entre estas teorías radican en lo que consideran que origina exactamente el subconsumo y en si las crisis de sobreproducción son causa del subconsumo o consecuencia de él. Tampoco hubo unanimidad entre estos autores sobre las mejores medidas para solucionar las crisis. Las tesis del subconsumo más importantes fueron elaboradas por S. Sismondi, T. Malthus y J. Maitland, octavo conde de Lauderdale.

En un planteamiento radicalmente diferente se encuentran las ideas de Marx. Para este economista la extracción de plusvalía por parte de la clase capitalista a la clase trabajadora no es constante sino que está sometida a altibajos. Estas variaciones generan lo que él denominaba ciclos industriales periódicos. Al parecer para Marx la reducción del desempleo genera una posición de ventaja para la clase proletaria que se cristaliza en mayores salarios. Pero llega un momento en el que esta subida de los salarios provoca que la acumulación de capital por parte de los empresarios se detenga. La consecuencia es la crisis, el cierre de empresas y el despido de multitud de trabajadores. Y el aumento del desempleo hace disminuir los salarios por el mismo mecanismo que antes los hacía subir. La acumulación del capital ahora aumenta y se genera una etapa de expansión. Marx planteaba que estos ciclos no serán eternos. Debido a la desposesión del capital de pequeños empresarios que se arruinan durante los períodos de recesión, la proporción entre clase trabajadora y capitalista aumenta, lo que acabará por provocar la revolución y el fin del sistema capitalista de libre mercado.

En relación con si la incorporación de maquinaria a los procesos productivos podía generar desempleo de carácter permanente, de carácter temporal o no provocaba desempleo los economistas del período clásico mantuvieron posturas diferentes. Solo Adam Smith parece afirmar que no se provocará aumento alguno del desempleo como consecuencia de la introducción de maquinaria. El grueso de economistas que apoyan la validez de la ley de los mercados defienden que puede que se cree desempleo pero solo de forma transitoria. El cumplimiento de esta ley parece garantizar, aunque sin una justificación clara, que los trabajadores que puedan perder su empleo a consecuencia de la introducción de maquinaria acabarán por encontrar más pronto o más tarde otro empleo si los precios y salarios son plenamente flexibles.

Los defensores de la teoría del subconsumo creían, sin embargo, que sí era posible una situación de desempleo permanente como consecuencia del aumento de la capacidad productiva originado por la introducción de maquinaria y de la insuficiencia permanente de demanda (tesis central de estos economistas).

Al respecto de si se debía intervenir para paliar los efectos que la introducción de maquinaria podía tener sobre el desempleo los economistas clásicos anteriores se dividieron entre quienes creían que solamente se debía proveer de socorro asistencial a los trabajadores desempleados y quienes creían que también había que legislar para que la introducción de maquinaria fuese paulatina.

Karl Marx argumentó desde una perspectiva distinta que el pleno empleo en el mercado de trabajo nunca se consigue. El desempleo (de carácter estructural) podía variar entre una tasa máxima y una tasa mínima dependiendo de la etapa del ciclo industrial y a la larga tendía a aumentar. Argüía que los empresarios capitalistas, ante el aumento de salarios en los momentos de auge económico sustituían trabajo por capital como método de defensa. Y esto, junto con la tendencia latente a la reducción de la tasa de beneficio y del ritmo de acumulación de capital contribuía al aumento del desempleo a la larga.

La elaboración de este trabajo de fin de grado me ha permitido conocer más en profundidad la escuela clásica y a sus autores. La ley de los mercados la conocía solo de manera intuitiva y, aunque comprendía de antemano las ideas de Marx, no sabía de su teoría de los ciclos industriales. He aprendido mucho, en particular, de Sismondi; un autor bastante olvidado en la literatura económica.

Este trabajo cobra un especial interés debido a que este país ha pasado recientemente una crisis económica de gravedad. El desempleo ha alcanzado cotas altísimas y la propia crisis se ha extendido durante casi una década. A la luz de estos hechos, la ley de Say no parece operar como afirmaban sus partidarios. Si bien es cierto que el mercado no está completamente libre, hay legislación que se encarga de regularlo (el salario mínimo, por ejemplo). Las tesis de los subconsumistas ya fueron rescatadas hace décadas por Keynes, que la perfiló en forma de *demanda efectiva*, concepto muy empleado durante todo el siglo XX.

Sin embargo, no parece que se le haya dado mucha importancia a los ciclos industriales de Marx. Se olvida a menudo que, si no fuera por la legislación

antimonopolio, la progresiva concentración económica de la propiedad sería un hecho tangible. También la noción de que los salarios caen cuando aumenta el desempleo se ha mostrado correcta, aunque ahora se le llame “si no quieres estas condiciones, a la puerta hay una cola de gente que sí las quiere” en vez de “ejercito industrial de reserva”. El tema de la maquinaria está igualmente de plena actualidad en muchos círculos de debate económico por la posibilidad de robotización de una gran parte de la economía. Por tanto, releer la literatura económica clásica no es una pérdida de tiempo, es revisar ideas que concibieron autores de primer nivel ante debates que pueden volver a ponerse de relieve otra vez en cualquier momento.

BIBLIOGRAFÍA

- O'Brien, D. P. (1989): *Los economistas clásicos*. Alianza Editorial, Madrid.
- Perdices de Blas, L: (editor) (2008). *Historia del Pensamiento Económico*. Editorial Síntesis, Madrid.
- Keynes, J. M. (2003): *Teoría general de la ocupación, el interés y el dinero*. Fondo de Cultura Económica, Ciudad de México.
- Smith, A. (1992): *Investigación sobre la naturaleza y causas de la riqueza de las naciones*. Fondo de Cultura Económica, México, D. F.
- Ricardo, D. (2003): *Principios de Economía Política y Tributación*. Ediciones Pirámide, Madrid.
- Tougan-Baranowski, M. (1914): *Las crisis industriales en Inglaterra*. La España Moderna, Madrid.
- Manrique Díaz, O. G. (2002): *La teoría de la renta en el contexto de la economía clásica: las contribuciones de Petty, Smith, Malthus, Ricardo y Marx*. Universidad Nacional de Colombia, Medellín.
- Rodríguez Caballero, J. C. (2003): *La economía laboral en el período clásico de la historia del pensamiento económico*. Universidad de Valladolid, Valladolid.
- Velasco Velasco, F. B. (2013): *La crisis económica actual a la luz de la historia del pensamiento económico. Las perspectivas neoclásica, keynesiana y austríaca*. Universidad de Valladolid, Valladolid.
- Mill, J. S. (1951): *Principios de Economía Política*. Fondo de Cultura Económica, Ciudad de México.

- Say, J. B. (1820): *Tratado de Economía Política*. Traducción de Juan Sánchez Rivera, Alcalá de Henares.
- Guerrero, D. (2011): *Sismondi, precursor de Marx*. Maia ediciones, Madrid.
- Simonde de Sismondi, J. C. L. (2016): *Nuevos principios de economía política*. Icaria editorial, Barcelona.
- Malthus, T. R. (2008): *Los principios de economía política*. Instituto de Estudios Fiscales, Madrid.
- Marx, K. (2017): *El Capital, crítica de la economía política*. Siglo XXI de España Editores, Madrid.
- Kalecki, M. (1943): «Aspectos políticos del pleno empleo», *Political Quarterly*, 14, pp. 347-356.
- McCulloch, J. R. (1855): *Principios de economía política*. Traducción de Cipriano Montesinos, Madrid.